

El cajonero fúnebre y su gente

Por EDMUNDO
MONTAGNE

Ilustraciones de Cesáreo Díaz

DONA Irenita pensó: "Mañana de domingo, más llena de trabajo que todas." Se persignó y se echó de la cama al suelo.

Y don Simón, como adivinándole el pensamiento, movióse en el otro borde. El también tenía trabajo extraordinario: la función del circo de papá Enaulh, en cuya banda tocaba el saxofón.

Su mujer se lavó. Secándose la cara, se fué hasta la ventanita. La abrió murmurando:

— Que entre la gracia de Dios.

Sacó la cabeza por aquel cuadrado tan pequeño que apenas lo permitía; y tocada de resplandor auroral, echó una mirada hasta el final derecho, y otra hasta el final izquierdo de esa calle Ciudadela.

El mar... El mar...

Después del sol, gustaba doña Irenita cerciorarse si el mar, vislumbrado siempre a ambos extremos, no había desaparecido.

Ahí abajo, en la calle, rodaba una carreta con rumbo al mercado.

La idea de su aprovisionamiento la hizo cerrar el vidrio.

— ¡Arriba, Simoncito, y arriba David!

A esos dos hijos mayores, quince y trece años respectivamente, los esperaban sus patrones para que abrieran la tienda donde aprendían a vender.

Doña Irenita descende a preparar el desayuno familiar en la planta baja, cuya mitad, al fondo, es cocina y comedor.

En la parte delantera de ese local están los bancos de carpintería, cerca de la puerta de calle que, abierta, deja entrar una brisita que esparce el incitante perfume del pino elaborado el día anterior.

Sobre uno de los bancos se ve un cajón fúnebre ordinario, al que falta poner el forro.

Con su yerba con leche entre ombligo y riñones, salieron los tenderitos, y doña Irenita tras ellos. A la media hora, don Simón y su aprendiz Basilio volverán de la esquina, donde fué forzoso ir a tomar la copa para arreglar cuentas con el cochero comprador de un par de ataúdes durante la quincena.

Meses atrás, consecuencia de la crisis traída por la revolución, don Simón había mandado a remate las últimas piezas de su mueblería. No tendría todavía Irenita por qué vender las acciones de ferrocarril legadas de su primer marido. Los cajones fúnebres, fabricación recientemente imaginada, iban teniendo salida.

"La Igualdad", llamaríase la cajonería, según propuso la filosófica Irenita.

Gran actividad se desarrolla en la casa esa mañana. Encendida la cocina económica, la dueña se desempeña entre las cacerolas, el niño de pecho y sus otros botijas. Don Simón y Basilio revisten de negro el ataúd.

— ¡Té! — exclama el amo de pronto, después de haber renegado porque el cajón se corría a su marti-

lleo
sobre
el cos-
tado. —
¡ Té !

Y levantando al Guizón, hijo de tres años, lo echa dentro del ataúd.

— ¡A mí también! — viene gritando la Tuntuna.

Y Basilio, protestando incomprensiblemente, pues tiene su boca llena de clavitos negros cuyas puntas asoman, alza a su vez a la Tuntuna y la pone junto al otro.

Allí, dentro del féretro, se quedan cosquillándose y revolviéndose como cachorros.

— ¡Hum! — ruge de vez en vez Basilio, para que sus juegos no estremezcan los flancos del cajón, donde por fuera han dejado ya extendida la tela negra y puesto las manijas, y concluirán aplicando puntillas y adornos de plomo plateado.

Un rugido más terrible que el de Basilio viene de pronto de la calle: un "¡huuum!" espeluznante.

Es el de Castelú, el hombre de la bolsa.

— ¿Hoy no hay niño malo a quien llevar? — pregunta con voz de trueno.

A la mayorcita, Genoveva, que batía huevos junto a la madre, casi se le cae la taza.

Por eso doña Irenita se apresura a gritar desde el fondo:

— ¡No, Castelú! ¡Hoy se portan bien!

— Hum! — sigue rugiendo un rato el barbudo hombre de la bolsa. — No sé, no sé...

Los chicos del féretro, llenos de miedo, se han hecho el muerto. Ese momento fué aprovechado lindamente por los aplicadores, claveteando allí los últimos adornos.

Clarisa y Simbad, sorprendidos en la tarea de levantar una torre con retazos de madera, habían ido a esconderse en la viruta del rincón.

Y de allí, poco a poco, se van ahora desenredando; concluyen por ponerse de pie y deshacerse mal que mal de aquella profusión de grandes rulos pálidos prendidos en sus cabellos y en sus ropas. Y se dirigen en puntillas a la puerta, precavidos a una posible vuelta del implacable rejun-tador de niños malos.

Lo ven a una cuadra, alejándose lento. En su espalda terciaba la bolsa. Y Simbad y Clarisa se aventuran tras él. Quisieran ver cuándo echa un niño en su horrible pozo de arpillera. Andando se olvidan de eso y llegan a meterse entre las gentes del mercado, sorteando mulas o bueyes de carritos y carretas, orillando montículos de verduras y fruta.

Cuando Clarisa vuelve a la hora, doña Irenita se halla atacada de ira. Entre el fárrago de los quehaceres, algún desencuentro con los cachorros, el llorar implacable de su bebé, que tiene al alcance en su sillita, una nada a veces, le provocan accesos de furia, únicos breves instantes en que cesa su continua bondad laboriosa para zurrar a alguien, encendida la cara, la mano pronta a las sonoras palmadas en las posaderas...

Eso hace con Clarisa, cuyas tres naranjas, que supone robadas, ruedan lejos, sin que ningún hermano se atreva a recogerlas.

Vueltos de tomar la segunda chiquita, el cajonero fúnebre y su aprendiz, levantan las naranjas, que dan a los niños.

— ¡Vamos, no lloren más! Guárdenselas para luego. Y tú, Irenita — dice don Simón a su mujer — ahora viene Dufour que te lo explicará todo.

(Continúa en la pág. 63)



su escoba, usada para tal caso a modo de escopeta: payaso ese que llaman Pepino el 88, y que es, sí señores, el propio Pepe que años atrás improvisaba con Basilio sus trapecios entre banco y banco de la carpintería.

Abajo, en redor de la lámpara, doña Irenita pondera a su hermana lo bien que les quedan a sus hijas Clarisa y la Tuntuna los vestidos hechos por la tía. Ni aun halagada por el elogio acusaría ésta a su sobrino Simbad, que esa mañana también, como más de una tarde, le fué a vender pescado del que le dan los boteros. Pero Irenita sabe esos comercios. Se los dijo Clarisa una vez que peleaba con el incorregible. La chica, cuando su tía le probaba el vestido, vió llegar a Simbad con una collera de peces chorreando agua.

— ¡No sé, no sé qué haremos de él!

— Déjalo, hija, que sea pescador — reflexiona la anciana.

— ¿Por qué pescador? ¡Será marino, y llegará a capitán! — afirma categóricamente su encubridora.

Las mujeres miran a don Simón.

— Por mí, puede ser pirata, si le da por ahí.

Hace crujir don Simón las escaleras, no se sabría decir si a su simple peso o al de sus últimas copitas de caballerescos compromisos. Y, llegado arriba, desvistiéndose en la penumbra del velador de mariposita, al concierto de la respiración de todos sus hijos dormidos, lejos se halla de imaginar la atmósfera de luz en que actúan todos ellos en ese momento, remontando fantásticos volantines rojos en un cielo turquí, o de pie como la bailarina, pero en un caballo alado, recorriendo el mundo entero para no dejar persona sin el obsequio de una besada flor.

— ¡Hasta el domingo, mamá! — dice doña Irenita.

Y se la oye que da un beso a la madre, otro a la hermana y en seguida corre la atravesada barra de hierro que por dentro cierra infranqueablemente la puerta.

—¿Me lo explicará todo? — piensa doña Irenita. Y concluye en que Dufour, el sombrerero, vendrá tan sólo a decirle que Simbad no porta por su taller, con lo que nunca aprenderá el oficio.

Ya sabe doña Irenita que Simbad es incorregible en eso de inclinarse a la mar. Antes raboneaba para ir allí: ahora falta del taller. Le gusta salir mar afuera, en los más atrevidos botes pescadores.

En cuanto al robo de naranjas cometido por Clarisa, ya se lo tiene perdonado. ¿No había hecho ella lo mismo, cuando niña, en la Ciudadela, que pocos años atrás erguía aún su sombría mole de piedra a dos pasos de allí? Por más que los rosistas habían puesto cerco, llegaban naranjas a Montevideo, más codiciadas cuanto menos abundantes. Irenita, por la noche, se acercaba a los montones alumbrados por un solo farol de aceite levantado en una pica. Hurtaba la fruta por el lado que hacían sombra. Y huía. La emoción de llevarse una de esas ricas bolas de oro apretada sobre el pecho, la hacían no sentir el frío. Pero, a veces, lo sentía. Era un frío duplicado por el desencanto, cuando, pasadas las diez de la noche, sin ningún comprador ya, los naranjeros tapaban la fruta con las velas de las mismas barcas en que habían llegado al puerto, y encomendaban su cuidado a los serenos.

—¡A la mesa, a la mesa! — ordena al rato militarmente doña

Irenita, viendo llegar, mojados los pantalones, desgredado, a Simbad, el aventurero de diez años. Todos sus hermanos admiran la gran suerte de Simbad, pues la madre no lo castiga, con todo que mesié Dufour vino a referir que era Simbad quien esta mañana, parado junto a los montones de naranjas del mercado, con las manos en los bolsillos y silbando al aire, tomaba con la punta del pie una por una las naranjas y las arrojaba hacia atrás para que Clarisa en cuculillas, a cierta distancia, las recogiera.

Si hubieran castigado al cachafaz, habrían llorado todos los hermanos. Como no lo han hecho, le sacan la lengua y le ponen motes.

Y como padre y madre ven que las niñas, a pesar de que la mesa es un festín, quedan algo mohinas a causa de la somanta propinada a Clarisa, se miran inteligentemente y doña Irenita proclama:

—¡Bueno: coman con juicio, si quieren ir al circo!

Las niñas sobreentienden que serán ellas las agraciadas, y a pesar de la orden de portarse bien, palmorean, lanzan exclamaciones y siguen dedicando morisquetas a Simbad.

Antes de la una, el último bocado en viaje hacia el estómago, Simoncito, David y Simbad salen con su cometa, su barrilete y su estrella de papel, que remontarán en Punta Carretas, bajo la dirección de Basilio, fabricante de los volantines. Entretanto, don Simón forceja para abrocharse el cuello de la camisa, y doña Irenita repasa una a una a sus hijas y el Guizona.

—¡A ver! Están bien, muy bien así.

Los bellos ojos chicos de doña Irenita se encantan en la escarapela que a un lado luce la capota marrón de Genoveva, en los vestiditos iguales de Clarisa y la Tuntuna y en el pompón azul cielo que arriba, y en medio de la boina blanca de guato, mantiene

la gracia infantil que parece huir del Guizona, ahuyentada por la gravedad que adopta cuando el padre, mandando adelante a las otras, lo toma de una mano, mientras bajo su otro brazo lleva su sax de cobre que asoma por la abertura de la funda negra.

—¡En marcha! ¡Y no alejarse del padre!

Terminada su tarea, horas después cabecea sentada doña Irenita, teniendo entre sus brazos completamente dormido a su mamoncito recién amantado. Y a medio transcurrir la tarde, la mujer del cajonero funerario se pone a la puerta, bajo bata limpia, su linda cara hermoseada por una expresión profunda de energía en reposo. Sus ojos no perderán un detalle de las gentes que hayan salido a disfrutar el domingo, rumbo los muros al barrio alegre o al puerto o a las peñas; en dirección las parejas y familias a las plazas en que los soldados brindan los sonos de sus bandadas. Una que otra vecina echará su parrafito de paso con ella. Hasta el viejo tendero, de las puertas y muros de cuyo boliche penden zarazas y groes, aprovechará el momento para

traerle el madrás sobre que cortará doña Irenita las piezas de ropa blanca que se da tiempo en coserle a pago de materiales con que vestir a sus niños tan bien como ella sabe.

Con la tarde a caer, regresan don Simón y la cuadrillita. Todos vienen cansados al peso de las impresiones del día. El botijita trae la boina ladeada. Se le ocurre

a doña Irenita que el marido ha permitido a sus amigos los Crudos, que se reúnen en el almacén donde él toma su suisé, convidar con la misma mezcla de ajeno y horchata al Guizona.

—¿No tomaron nada?

—¡Horchata, mamá! Horchata sola. ¡Qué rica! El Guizona también.

—¿Sola?

—Sola, mamá.

—Bien, muy bien. Los niños deben tomarla así.

Después de la cena, cuando concurren a la velada la abuela y la tía, querrán contar las niñas esas maravillas del circo. Y lo harán revueltamente, quitándose una a otra la palabra.

—Bueno, bueno. ¡Dejen hablar a los mayores! Tú, Genoveva, cargá al Guizona, que no puede más.

Y empezando la mayor a dar las buenas noches a papá, mamá y la compañía, van subiendo las niñas al dormitorio, con una palmadita y un beso de tía y abuela en el cachete, bajo el cual hace bulto el caramelo que les ha deslizado la anciana.

A falta de la madre, Genoveva dirigirá mal el rezo colectivo. Los mayores, Simoncito y David, se burlan de su aire de maestra. Simbad, ronca. Las niñas barbotan "que estás en los cielos" y callan, viendo ya por arriba, no la imagen del Niño Jesús, sino a la linda bailarina del circo que, de pie sobre el galopante caballo, reparte con gracia a las gentes las flores de su cesto; o al marinerito que también desde un caballo salta a través de un arco rodeado de cuchillos con las puntas hacia adentro; o a los equilibristas, bamboleantes en la cuerda floja, con una sombrilla chinesca en la mano; o a los monos cocineros y a los perros jueces; o a la cabra que se para con las cuatro patas juntas sobre el cuello de una damajuana, y a quien aquel payaso que da tantos saltos y hace tantas monadas, voltea muerta de un disparo ilusorio de

